

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA
Y
LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

38

ABRIL-JUNIO

1950

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. LUIS GARRIDO

Secretario General:

DR. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR-FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71
México. D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país.....	\$7.00
Exterior	dis. 2.00
Número suelto	\$2.00
Número atrasado	\$3.00

S u m a r i o

ARTICULOS

	Págs.
Margo Glantz	<i>La dimensión americana en Antonio Caso</i> 255
Bernabé Navarro B.	<i>Vasconcelos, profeta de América</i> 269
Juan Hernández Luna	<i>Imagen de América en Alfonso Reyes</i> 291
Raúl Cardiel Reyes	<i>El ser de América en Agustín Yáñez</i> 301
Francisco López Cámara	<i>La ontología americana de Edmundo O'Gorman</i> 323
Rafael Moreno	<i>Gaos y la filosofía hispanoamericana</i> 339
Leopoldo Zea	<i>La historia de las ideas en Hispanoamérica</i> 365
Risieri Frondizi	<i>Tipos de unidad y diferencia entre el filosofar en Latinoamérica y en Norteamérica</i> 373

	Págs:
José Ferrater Mora	<i>El problema de la filosofía americana</i> 379
Patrick Romanell	<i>Una visión de las dos Amé- ricas</i> 385
Filmer S. C. Northrop	<i>Los factores genéricos y di- ferenciales en la cultura panamericana</i> 393
Louis O. Kattsoff	<i>"Filosofía americana": un adjetivo ambiguo</i> 403
Herbert W. Schneider	<i>La emigración de ideas ha- cia América</i> 411

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Emilio Uranga	<i>El Existencialismo.</i> (Norberto Bo- bbio.) 415
Augusto Salazar Bondy	<i>Da filosofia.</i> (Pero de Botelho.) . 418
Luis Villoro	<i>La filosofía actual.</i> (Inocente Ma- ría Bochénski.) 422
Jesús Zamarripa Gaitán	<i>El arte como experiencia.</i> (John Dewey.) 426
Elena Orozco	<i>Psicoanálisis y Existencialismo.</i> (Viktor Franklt.) 428
Alfonso Zahar Vergara	<i>Oración en elogio de la jurisperu- dencia.</i> (J. B. Balli.) 435
J. H. Luna	Noticias de la Facultad de Filoso- fía y Letras 439
Rafael Heliodoro Valle	Notas y noticias de América . . . 443
Publicaciones recibidas 459
Registro de revistas 460

GAOS Y LA FILOSOFIA HISPANOAMERICANA

I. *Importancia y sentido de la obra*

Fuera atrevimiento que el discípulo juzgara la obra del maestro cuando éste no predicara en todos los tonos que la filosofía es una obra personal, y que de la naturaleza de todo buen aprendiz es no quedarse en simple eco. Vivimos por otra parte un época que se caracteriza —las enseñanzas del maestro no son extrañas a esto— por ser “histórica”. “Nuestro tiempo” parece ser el extremo último de los tiempos modernos, en el que la única postura digna del filósofo es tomar conciencia de los sistemas pretéritos o en trance de ser tales. Filosofía, filosofar, hacer filosofía, historiar la filosofía, vendrían a mentar el mismo contenido. La condena- ción, pues, de ser en algún modo filósofo, me lleva a considerar el senti- do de la obra, de toda la actividad filosófica de un español de origen, pe- ro nacionalizado mexicano, que pudiendo ser todavía “conquistador” “transterró” sus preocupaciones y ha dado una original filosofía de la historia, que religa los países de habla española en una nueva unidad, fun- dada en la entraña de la historia misma, que los coloca dignamente en el consorcio de la cultura moderna de Europa.

Gaos es uno de los que en la última década ha reflexionado con más profundidad y extensión sobre el destino de los pueblos hispanoamericanos en general y de México en particular, pues no solamente ha reconocido la importancia o ha hecho justicia, con un celo no acostumbrado por nos- otros, a los pensadores y filósofos, entre los que son ejemplos máximos Caso, Vasconcelos, Reyes y Ramos, sino también ha contribuido al ade- lanto de la historia y a la formación de la historiografía de los países de habla española. El mismo afirma oralmente y por escrito que lo mejor de su obra ha sido hecho en México, y que la porción más importante de és-

ta son las preocupaciones hispanoamericanas, especialmente la dirección de tesis llevada a cabo en el Seminario para el Estudio del Pensamiento en los Países de Lengua Española, dentro de la Casa de España y El Colegio de México que la continuó. *Quienes conocen sus métodos de trabajo*, los cuidados con que incita y alienta vocaciones, o quienes han sido beneficiados de alguna manera por las ricas sugerencias de sus conversaciones y clases, tienen bien sabido que su influencia, directa o indirecta, positiva o negativa, admitida o negada, se extiende a las nuevas generaciones, a tal punto que no sólo ha hecho posibles serias investigaciones como las de Zea sobre el positivismo, de Victoria Junco sobre Gamarra, de Lina Pérez-Marchand sobre los papeles de la inquisición, de Olga Quiroz Martínez y Bernabé Navarro sobre la introducción respectivamente de la filosofía moderna en España y en México, de Luis Villoro sobre los grandes momentos del indigenismo, de Vera Yamuni sobre los métodos de los pensadores de habla española, sino también nuevas preocupaciones en filosofía que se han traducido en mayores reflexiones sobre lo humano y, en consecuencia, en mayor conocimiento de nosotros mismos. "El refugiado" que en 1942, al echar su primer "cuarto a espadas" en la problemática de la filosofía americana, decía que tomaba "parte oficiosamente en la conversación de otros", ha pasado a ser él mismo conversador, y de los más importantes, tanto por sus numerosos estudios dedicados a nuestros pensadores y filósofos, como por sus reflexiones expresas sobre el pensamiento de lengua española aparecidas por primera vez en cuerpo de doctrina en los artículos "Filosofía americana", "Cómo hacer filosofía", y en el ensayo "El pensamiento hispano-americano. Notas para una interpretación histórico-filosófica", publicados entre 1942 y los primeros meses de 1943 y recogidos, al igual que todos los escritos relativos a este tema, en el *Pensamiento de lengua española* (1945). Un poco después amplía y en algunos aspectos explica la problemática fundamental del pensamiento hispanoamericano en la ponencia al Seminario colectivo sobre la América Latina organizado por El Colegio de México en 1943, con el título de "El pensamiento americano", publicada en *Jornadas*. La sugestiva introducción a la *Antología del pensamiento de lengua española en la edad contemporánea* (1945) tiene como fin mostrar la unidad histórica del pensamiento hispanoamericano y reivindicar de una manera palpable la altura excepcional de sus pensadores, y por eso es una ocasión para profundizar tópicos incidentalmente tocados antes. En fin, el estudio puesto como introducción a la

Filosofía del entendimiento de Andrés Bello (1948) insiste en las relaciones del pensamiento hispanoamericano con el europeo u occidental, y permite esperar que el maestro vaya haciendo justicia a los filósofos propiamente dichos como lo ha hecho con los "pensadores". Es bueno tener en cuenta estas fechas para poder valorar debidamente las ideas de algunos discípulos que en parte han pensado sobre los mismos temas, aunque todavía no con la profundidad y la atingencia del maestro.

II. Localización del pensamiento hispanoamericano

La lengua común permite suponer la existencia de un pensamiento hispanoamericano en el mismo sentido en que se habla de uno francés o inglés (*El pens.*, p. 356). La palabra, en efecto, sólo existe bajo la especie múltiple de las lenguas. Lo significado por ella se vincula a una lengua en que se expresa el pensamiento correspondiente (*Ant.*, p. ix). Pensamiento y lengua, por otra parte, se especializan "en pensamientos y lenguas nacionales, y especializándose así contribuyen en parte principal a formar las nacionalidades" (*Jor.*, p. 11). El pensamiento de nuestros pueblos ha tenido que expresarse en lengua española y ésta, a su vez, le ha dado unidad (*Ant.*, p. ix), una unidad que a diferencia de la medieval es nacional (*Ant.*, p. xl). Tal parece ser la enseñanza de la historia: las filosofías, el pensamiento, la ciencia nacionales empiezan con la constitución de los Estados nacionales y con el empleo de los idiomas correspondientes. Por esto el tema de Gaos no puede ser más que el pensamiento, contemporáneo, moderno, significado y expresado por la palabra en lengua española, el pensamiento, a secas, de lengua española (*Ant.*, p. ix). Las reflexiones sobre Hispanoamérica surgen como un tema "de nuestra vida" y "nuestro tiempo", un tema obligatorio para todos los pensadores, porque entraña el destino de sus pueblos. Hispanoamérica ha sido siempre un tema más o menos expreso a lo largo de la historia, principalmente desde que apareció por vez primera la preocupación consciente por América y por España, detrás de la cual se ventilaba la capacidad de los americanos para participar dignamente en la historia universal al lado de las naciones rectoras de la humanidad. No se trata, pues, de solapar "nacionalismos" y ni siquiera "continentalismos" peligrosos, sino de meditar sobre las relaciones del pensamiento hispanoamericano con el occidental. "Nuestra vida, dice, es

ante todo la vida de Hispanoamérica" localizada dentro de Occidente, pues si es cierto que somos hispanoamericanos, no es menos cierto que somos en el mismo sentido parte de los hombres actuales de Occidente y que "nosotros resultamos estos hombres actuales de Occidente". Esta es la circunstancia hispanoamericana resultante de la unidad geográfica que España logró mediante la conquista de los pueblos que habían de ser sus colonias, y que cobra pleno sentido mediante la unidad de los fenómenos culturales de una y otros. Hispanoamérica es una denominación histórica, opuesta a la simple geográfica, que forma parte de la significación histórica de Occidente, de lo que Gaos llama una Eurasia histórica extendida desde las islas británicas hasta el archipiélago japonés. Los países americanos de habla española y España constituyeron una Euroamérica histórica que forma parte de la máxima significación de Occidente, de la Eurasia histórica. Tal es Hispanoamérica.

La crisis de Occidente, compartida por Hispanoamérica debido a su esencial vinculación con él, nos obliga a pensar en la circunstancia directa de "nuestra vida", que comprende el presente, el futuro y también el pasado, mas no todo pasado, sino el que está cercano a nosotros constituyéndonos, el contemporáneo, y que del siglo XVIII a nuestros días forma una unidad histórica cuyos extremos somos. La "crisis" consiste en los manifiestos caracteres de un fundamental historicismo que ofrece la vida de Occidente. Del mundo actual es propio tener una conciencia histórica llevada a sus últimas conclusiones, hasta el punto de llamarse historicista y hasta el grado de llegar a la relativización de los principios fundamentales y concebir al hombre como fundamental "historicidad". "Nuestra vida" así localizada es el tema expreso, sobreentendido, de "nuestro tiempo". De otro modo, el tema expreso de Hispanoamérica en la edad contemporánea es nuestra vida, o lo que es lo mismo, la vida de Hispanoamérica. Como de la vida y de la existencia nace forzosamente el problema de decidir de sí, el pensamiento hispanoamericano plantea al occidental y a sí mismo el problema de su propia naturaleza, de su propio valor, de su propia concepción, al mismo tiempo que busca una salida a la crisis e indica si los países de lengua española habrán de dar la misma respuesta que los occidentales, o si en general están capacitados para contribuir con una actitud propia y cuál puede ser ella.

Un intento semejante parece ratificar el juicio común sobre la falta de creaciones hispanoamericanas de valor universal, pero también indica una

confianza desconocida entre los escritores de Occidente —Ortega y Hegel pueden ser los ejemplos máximos— en el destino de nuestros pueblos, hasta el punto de creer llegada la ocasión para participar mediante una filosofía original, si es que la cuestión se puede decidir y se ha de decidir por la filosofía. El tema, pues, de nuestro tiempo, viene a ser el tema de nuestra vida y el tema de la filosofía hispanoamericana, no tanto por la importancia atribuida por los filósofos a su ocupación, cuanto por ser el tema expreso de la vida ella misma y ser la filosofía una función suya, a la que compete esencialmente decidir de sí con "principalidad" que no tiene ninguna otra ciencia, y ser ella misma el tema expreso, tácito o sobreentendido, de toda filosofía. Si de la reflexión sobre el mundo y la vida griega nació la única filosofía original de Occidente, de la reflexión sobre la vida hispanoamericana ha de salir también una filosofía original. Nuestra vida proporciona el tema de Hispanoamérica. *La filosofía, reflexión sobre sí misma*, no puede ser más que de Hispanoamérica. En este sentido profundo Gaos afirma que Hispanoamérica es el tema expreso de nuestro tiempo. La filosofía hispanoamericana tiene por misión no sólo resolver el problema de la vida de nosotros mismos, sino también, dada su vinculación con lo universal, determinar la suerte del hombre mismo, de lo humano en general.

Si Hispanoamérica es el tema expreso de una posible filosofía hispanoamericana, se debe a que ella nació al calor de la utopía y sigue siendo eso, una utopía. Es esencial al hombre la utopía, mejor, el hombre es el único ente utópico, porque necesita cambiar esta vida por otra y este mundo por otro, porque consiste su ser en pasar a otro lugar, a otro mundo, a otra vida, en definitiva, en trascenderse a sí mismo. Pues bien, América vino a satisfacer estas necesidades del hombre. El hombre moderno pone en ella el lugar del futuro. La historia confluye entonces a una evocación, misión, destino de América, como el lugar donde la tierra habitada realice o realizará su definitiva utopía. Quienes intentan realizarla no tardan en descubrir su vinculación esencial al utopismo humano. Ella nutre el utopismo del hombre moderno. Reflexionar sobre América implica una meditación de utopía. Utopía y América parecen unirse cuando está de por medio la modernidad. Aparece en el siglo XVIII, pero ya el nacimiento de América y el nacimiento del mundo moderno tienen los mismos orígenes: el cansancio originado por la vida medioeval, que hizo buscar otro mundo por todas partes, por la tierra, el cielo, la religión. Por eso la utopía es

tema de nuestros días. No es sólo el hombre del viejo mundo el que ve en América el lugar donde puede realizar otra vida, sino el americano que intenta realizar otra vida, la vida moderna, convirtiéndose en utopía para sí mismo. Para uno y otro América viene a ser el último lugar sobre la tierra para la material utopía humana, para la trascendencia de sí mismos. Así nace la utopía de un pensamiento hispanoamericano como tema de nuestro tiempo. Quiere esto decir que estamos en el momento crítico para que América se trascienda a sí misma, pase a otra vida y a otro mundo, con una recia originalidad producto de los elementos apuntados.

III. *Posibilidad de la filosofía hispanoamericana*

De hecho tanto los países hispánicos de América como España se han caracterizado crecientemente por un vivo deseo de tener una filosofía propia. Pero, "¿es deseable tener una filosofía, hacer filosofía, poseer filósofos, ser filósofo, ante todo en general, para que pueda serlo el tenerla de lengua española?" (*El pens.*, p. 356). Antes de preguntarnos si una filosofía hispanoamericana es deseable, debemos preguntarnos si hacer filosofía y tener filósofos es algo que debe desearse, como se piensa generalmente en conformidad con la tradición gloriosa que valora altamente a la filosofía, o si haciendo resaltar el hecho de que los filósofos mismos son quienes han creado la tradición, la consideramos sospechosa, parcial e infundada. La historia parece mostrar que no es necesaria la filosofía a la vida individual, como tampoco a la vida colectiva, aun cuando se trate de sus formas más altas y supremas. La falta de una filosofía de vasto volumen no ha impedido que culturas y pueblos sean egregios e influyan en toda la historia de la humanidad. ¿Y no hay acaso ejemplos significativos de pueblos que han procesado, condenado a muerte o limitado la acción de los filósofos? Cualquiera que sea el alcance de estas reservas, no debe pasarse por alto que la filosofía ha sido, más que una función a lo largo de la historia, "un brote de florecimientos intensos, pero efímeros, intermitentes, a grandes intervalos". ¿Cuál puede ser entonces la razón que asiste al hombre de lengua española para no seguir dejando el cometido filosófico a los pensadores occidentales, y desear deliberadamente hacer y llegar a tener una filosofía propia, peculiar de la propia lengua y del propio territorio? Su situación debe ser especial, puesto que se había satisfecho antes

con la filosofía europea. Además, ni Aristóteles, ni Platón, ni Descartes, ni Kant, ni Comte, quisieron hacer una filosofía griega, francesa o alemana, mucho menos una filosofía universal y eterna. El deseo, pues, de una filosofía hispanoamericana, "parece novedad no justificada del todo por la historia, al menos".

En principio se puede aceptar que lo deseable para unos pueblos no lo sea para otros. Pero, sobre todo cuando se tiene presente que por lo menos desde el siglo XVIII el pensamiento hispanoamericano es un intento cada vez más grandioso de dotar a sus pueblos de una filosofía propia, salta la sospecha de que no todos los grupos humanos han sido dotados con genio filosófico. Un análisis sobre las condiciones de la filosofía permitirá decir si los pueblos hispanoamericanos serán detenidos en el camino al perseguir su satisfacción. Es indudable que el filósofo hispanoamericano se haya en el trance y en el deber de superarse hacia un pensamiento propio, porque la filosofía actual ya no tiene nada esencial ignorado por él (cfr. *El pens.*, p. 182). Semejante convicción, que en el pensamiento de Gaos corre parejas con el deseo de tener una filosofía propia, entraña al mismo tiempo su posibilidad y su necesidad, y deja abierto el camino hacia la indicación difícil de cómo hacerla. Difícil, porque solamente es susceptible de ser enseñado "lo pasado, lo experimentado o lo eterno, que en cuanto tal habrá sido pasado también". Lo más probable es que ningún "saber" de la filosofía del pasado y del presente sirva para indicar cómo hacerla en adelante, "mas es seguro que lo único que cabe saber es cómo se ha hecho en el pasado y cómo se sigue haciéndola al presente" (*El pens.*, pp. 364-5). De esta manera la cuestión de la filosofía hispanoamericana implica la cuestión de la filosofía a secas. No hay diferencia entre "hacer filosofía" o "filosofar" y "filosofía". Por ello tampoco puede haberla entre "cómo hacer filosofía", "cómo se hace filosofía" y "qué es filosofía".

Pues bien, la historia muestra que la filosofía europea no es el resultado de una voluntad expresa por parte de los griegos, franceses y alemanes, sino del hecho de que unos griegos, franceses, alemanes, o europeos en general, hayan hecho filosofía. La filosofía, sin más requisito que ser auténtica, resulta de la nacionalidad o de la "continentalidad" de sus autores. Si en consecuencia los hispanoamericanos hacen filosofía, habrá sin más filosofía hispanoamericana. Perogrullada, mas necesaria para señalar el camino posible a las inquietudes actuales. La cuestión no está en hacer fi-

lososofía hispanoamericana, sino en que los hispanoamericanos hagan filosofía. Las preocupaciones deben tener por objeto lo filosófico de la filosofía hispanoamericana, y no lo hispanoamericano. En otras palabras, lo único congruente, dado el deseo de llegar a tener una filosofía original, es tratar de hacer filosofía, porque si la hacemos, "el que sea española o americana se nos dará por añadidura — y aun a pesar nuestro: aunque nos empeñásemos en hacer una filosofía universal y eterna, pensando que sólo tal es la filosofía, saldría una filosofía española o americana, como no dejó de sucederles a Aristóteles y a Hegel con todo y sus pretensiones de universalidad" (*El pens.*, p. 364). Una conclusión semejante está sostenida en el pensamiento de Gaos por la idea de la posibilidad de la filosofía y del filósofo. Según ésta, si la vida no consiste en otra cosa que en ocuparse con lo circunstante, el filósofo tiene que ocuparse con sus circunstancias, al igual que todo hombre, pero enfrentando su mirada teórica con originalidad, que esto es lo que hace al filósofo. El único imperativo o la única enseñanza, la única receta consentida en filosofía es "ocuparse con las circunstancias" (*El pens.*, p. 368). La posibilidad de la filosofía americana, correlativamente, descansa en el enfrentamiento de los hispanoamericanos con su circunstancia, que es Hispanoamérica. "Americana será la filosofía que americanos, es decir, hombres en medio de la circunstancia americana, arraigados en ella, hagan sobre su circunstancia" (*El pens.*, p. 368). Existirá filosofía americana cuando filósofos hispanoamericanos penetren con la mirada cualquier cosa de la circunstancia hispanoamericana, se trate del "personalismo", la "mordida" o el "cantinflismo", con tal de que la mirada teórica no se detenga hasta las raíces y los principios, esto es, hasta entenderla, explicarla en su tradición y en su presente (*El pens.*, p. 370). La cuestión está, pues, en las manos de los mismos hispanoamericanos.

IV. *Forma y temas de la filosofía*

Esto supuesto, se advierte con claridad que existe un problema básico, condición de la posibilidad aludida, el de los temas y formas de la filosofía contemporánea dentro de la cual tienen sentido las reflexiones hispanoamericanas. Gaos sostiene que frente a la antigua, la filosofía medieval y moderna ostenta una recia unidad consistente en el proceso de trans-

formación de la comunión católica en la sociedad moderna. Cuando los individuos abandonaron la "comunión" trascendente para atenerse a su razón, constituyeron la sociedad individualista, racionalista, inmanentista: tres calificativos que caracterizan radicalmente la "modernidad" (*Jor.*, pp. 29-30). La razón empezó por autofundamentarse y fundamentar todo lo demás—filosofía y racionalismo que se dan al mismo tiempo—, prescindiendo, aislándose de todo lo que no fuera ella misma, esto es, de todo lo trascendente, tanto de lo extraño a la razón individual como del "otro mundo" y la "otra vida". "El prescindir, el abstraerse del otro mundo, de la otra vida, es el inmanentismo de la sociedad moderna. El prescindir, el abstraer de todo lo trascendente a la razón individual, es el inmanentismo de la filosofía" (*Jor.*, p. 31). Esto ha dado origen a dos movimientos alternantes en la historia del pensamiento occidental: un movimiento de interpretación racional del sentido y la idea cristianos de la vida y del mundo, "reiterado con creciente grandiosidad a lo largo de la historia medieval y moderna" por medio de restauraciones de la *christiana philosophia*, de reacciones contra la modernidad; un "movimiento tendiente a emancipar la filosofía occidental del cristianismo, movimiento creciente también" (*El pens.*, p. 35) y expresión de la creciente modernidad inmanentista. Pensamiento este último bien representado por la llamada filosofía de la ilustración y proseguido por su prolongación en la filosofía contemporánea, para cuya última etapa la "realidad radical" es un realismo humano, la vida humana, en definitiva, nuestra vida (*El pens.*, p. 38). Como es fácil comprender, una alternancia semejante determina los temas y las formas de la filosofía.

La vida humana, enseña (*Jor.*, p. 11), consiste en funciones generales, de las cuales son especializaciones, entre otras, el pensamiento significado por la palabra y articulado en lo que podríamos llamar literatura en general, una literatura especial que se llama de pensamiento, "pensamiento" a secas, filosofía y ciencia. A cada una se le han asignado determinados objetos con determinados métodos. "El "pensamiento" no tiene "por fondo los objetos sistemáticos y trascendentes de la filosofía, sino objetos inmanentes, humanos, que por la propia naturaleza de las cosas, históricas, éstas no se presentan como los eternos temas posibles de un sistema, sino como problemas de circunstancias y, por lo mismo, como problemas de resolución urgente". Puede usar como formas los métodos y el estilo de la filosofía o de la ciencia, o no usarlos. Por esto se le considera como litera-

tura. De una manera parecida se juzga corrientemente la porción más valiosa y original del pensamiento hispanoamericano contemporáneo. Porque nada tiene que ver con los monumentos del sistema, con las obras maestras de la filosofía, con los grandes temas de la metafísica, es desdeñado como "mera literatura", "pensamiento". Quienes tal hacen no tienen la menor idea de lo que ha acontecido y está aconteciendo en los senos de la historia. Tanto la valoración de las obras de los grandes filósofos, como el hecho de que sean considerados de esta naturaleza, ha venido cambiando en los mismos grandes filósofos y en los demás desde el principio de la filosofía hasta nuestros días. En este punto se adhiere el maestro Gaos al parecer de Dilthey, según el cual a lo largo de la historia de la filosofía occidental ha existido la alternancia periódica de dos formas de filosofía o del filosofar: filosofías metafísicas por lo principal del fondo y sistemáticas y metódicas por la forma, que se acercan a la ciencia llegando a confundirse con ella, como las construcciones de Aristóteles, la escolástica, Descartes, Spinoza, Kant, Hegel; filosofías de forma de exposición más literaria, si no de ideación asistemática y ametódica, que ponen en primer o único término las cosas humanas y por transiciones insensibles pasan a "pensamiento" aplicado, ético, político, estético, pedagógico, a "literatura de ideas", y llegan hasta a confundirse con la literatura de ficción, como las ideas de Platón, de los postaristotélicos, de los renacentistas, de los pensadores-escritores de la Ilustración y de los siglos XIX y XX. Según Dilthey no se trata de un ritmo alterno casual, sino del ritmo de la filosófica vida humana. Forma y fondo se corresponden. La metafísica genera el sistematismo metódico. La aplicación a la inmanencia, con el correlato desentenderse de la metafísica, se dispersaría sistemática y metódicamente en las "circunstancias". La filosofía es, pues, algo que por su esencia ni está arraigado en una persona o en una cultura, ni está ligado a determinados temas y determinadas formas. El florecimiento de las ciencias humanas y el dominio de la filosofía de orientación humana, han hecho que no se encuentre unida con la ciencia, sino "con el arte, con el arte literario, con la literatura". "La filosofía puede dar y emprender ágiles saltos y vuelos literarios, perdiendo acaso su gravedad científica, pero sin menoscabo alguno de su alada condición que tiene de nacimiento." Puede ser fundada la conclusión sobre el pensamiento hispanoamericano, pero resulta desde todos puntos de vista infundado mutilar la historia de la filosofía y de paso poner límites previos, material y formalmente, a la futura innova-

ción filosófica. Mas en definitiva, los dictámenes acerca de la naturaleza y el valor de los productos de la cultura no son otra cosa que posiciones históricas. Aquel que opine sobre el pensamiento hispanoamericano implicará por necesidad una de estas dos posiciones. Todas estas reflexiones son de suma importancia, porque "la posibilidad *a priori* y *a posteriori* de una filosofía de lengua española depende de las orientaciones en punto a la concepción de la filosofía". Y se puede ya entrever que, en el caso de que los filósofos hispanoamericanos sean incapaces para los temas y las formas científicas, no habrá filosofía sino cuando los temas y las formas literarias, sin dejar de merecer el nombre de literatura, hagan también filosofía. Pero entonces no ha dejado de haberla y "podemos dedicarnos a hacerla, confiadamente, resueltamente, lo que es de presumir que favorecerá el llegar a tenerla plena, definitivamente" (cfr. *El pens.*, pp. 38, 51, 98-101, 137, 167, 272-3).

Mas la actitud que hará posible el tema y la forma de una filosofía a la que acontezca ser hispanoamericana, debe tener en cuenta la "historia de la filosofía en su integridad no mutilada", "la totalidad del pasado que es lo real". No es posible considerar el pasado metafísico como una tradición insuperada y hasta insuperable. Tampoco considerar el pasado como superado y superable por los que vendrán. Lo cual no significa que se nieguen las posibilidades de verdadera creación, libertad o prosecución de la historia en el futuro. Lejos la pretensión, achaque común de filósofos, de poner término con alguna filosofía a la historia. Es cierto que a la filosofía le es esencial decidir con la máxima libertad posible sobre su propio pasado, pero no de una manera absoluta porque dejaría de existir la historia, la cultura, la naturaleza humana misma. Un mínimo de unidad, de tradición, liga a la realidad la creación y la libertad. Por eso el criterio de la cultura no puede ser ni será el pasado, ni el futuro, la tradición o la creación solamente. Ha sido y seguirá siendo una tradición recreada, una creación vinculada a la tradición aun en la decisión menos tradicionalista (*El pens.*, p. 103). Criterio que no puede aquilatarse matemáticamente, *more geometrico*, pues la historia no es ocio de matemático, sino "negocio de prudente" que, puesto entre la tradición y la creación, entre el riesgo de errar y la necesidad de decidirse, reflexiona sobre sí mismo, mitad determinado, mitad libre. Este decidirse por sí mismo entraña una decisión sobre el presente, el pasado y el futuro. La aplicación del criterio mencionado decide desde luego del futuro, pero también del

pasado, porque todo lo humano es de una realidad tal que es susceptible de ser deshecho y rehecho retroactivamente (*El pens.*, pp. 105-6). La historia, en efecto, que es una de las formas primordiales de la vida, no se presenta como "simple reconstrucción del pasado", ya que éste no interesa por sí mismo, sino para construir el presente y el futuro. Pero solamente desde el presente o por el presente puede reconstruirse. "El presente es la única realidad." En él se hacen reales el pasado y el futuro. Y, a su vez, el presente no se constituye sólo por el pasado, sino también por el futuro, hacia el cual de alguna manera quiere encaminarse (*Jor.*, p. 9). Estas consideraciones nos sirven para penetrar el sentido profundo de preguntarse por el pensamiento hispanoamericano, cosa que no puede dejar de hacer un filósofo de lengua española en la medida en que lo es. "El tema expreso del pensamiento hispanoamericano actual —escribe el maestro—, es él mismo en su pasado, en su presente y futuro" (*El pens.*, p. 105), ya que el criterio con que vamos a resolver una cuestión tal decide de su futuro como de su pasado.

Esto indica de una manera precisa los caminos por donde se hará filosofía hispanoamericana. Del hecho de que la conceptualización del pensamiento hispanoamericano, es decir, el problema de su propia naturaleza y valor, dependa de la conceptualización del de Occidente del que forma parte como circunstancia, naturalmente se sigue que no puede escapar a las condiciones bajo las cuales se hace lo humano o la historia. No basta, con todo y ser mucho, reconocer que "el pensamiento hispanoamericano del pasado será lo que decida el del presente y futuro". Precisa añadir que se hará "teniendo en cuenta el pasado o determinando éste el presente y el futuro, y procediendo nuevamente, pero no sin determinar retroactivamente el pasado" (*El pens.*, p. 106). Por lo tanto el problema del destino hispanoamericano depende de su propia historia pasada, presente y futura. No se trata de la historia a secas, sino de la historia del pensamiento, que es la decisiva porque, al ser una de las formas primordiales de la vida y lo que hace historia o es una parte fundamental de ella, cristaliza las formas de vida de Hispanoamérica. Si, además de formar parte el pensamiento así concebido de un objeto histórico como es Hispanoamérica, se sostiene que "la historia no debe considerarse escrita acabadamente antes de haber llegado a articularse en una "interpretación general" y con arreglo a ella (*El pens.*, p. 49), las reflexiones hispanoamericanas tendrán que ser historiográficas, mejor, la posibilidad de un pensamiento de lengua española

se encuentra en la historiografía, en una filosofía de la historia que descubra, para salvarlo, el *logos* de esa realidad histórica que llamamos Hispanoamérica: "reconstrucción, dice, del pasado constructivo del presente o del futuro" (*Jor.*, p. 9). Lo que el maestro Gaos quiere hacer y hace, es, pues, la primera historiografía del pensamiento hispanoamericano en conjunto, comprendiendo tanto los nombres centrales más excelsos como las generaciones, las influencias, las ideas, las condiciones que los han hecho posibles. La llama con modestia "notas para una interpretación", "ponencia filosófica", "hipótesis de trabajo y una tesis de discusión" surgida de un primer contacto con la historia, por hacer todavía en nuestros pueblos por desgracia, a pesar de lo cual no ha sido desmentida, todo lo contrario, por las recientes investigaciones orientadas en este sentido. Conviene advertir, como no deja de hacerlo expresamente el autor, que una concepción semejante de la historia, del filósofo, de la filosofía, es el fruto lógico de una filosofía "que ve en el hombre y lo humano algo irreductible a la naturaleza y lo natural", y que es esta la orientación del pensamiento de lengua española por lo menos desde Unamuno y Ortega en España y desde el abandono del positivismo en América. Y quizá sea más importante señalar el hecho, tan decisivo para la suerte de los pueblos de habla española, de que, sin desdoro del valor universal, por primera vez se cuente conscientemente, expresamente, con una doctrina pensada para salvarnos. No creemos equivocarnos al afirmar que no es otra la significación que tiene toda la producción filosófica del discípulo de Ortega, oriundo de España y "transterrado, que no desterrado", a América. El cultivo al menos de la historia y de la historia del pensamiento es necesario para el que concibe la filosofía como meditación sobre la circunstancia humana, que es radicalmente circunstancia histórica (cfr. *FILOSOFÍA Y LETRAS*, núm. 36, p. 233).

V. *Constitución del pensamiento hispanoamericano*

Hasta poco antes de Alfonso el Sabio, cuya peculiar enciclopedia presiente el destino de España, empieza a haber pensamiento de lengua española tanto por el sujeto que lo piensa como por el objeto: la grandeza. Sólo en parte es de lengua española, "porque lo que le dió a aquel pensamiento la grandeza fué hacer principales objetos suyos objetos que trascendían hasta la grandeza de España: los objetos trascendentes por excelencia

cia". Como resultado de la posición tomada por España con respecto a la modernidad, empezó a participar en el erasmismo, el humanismo y la filosofía del Renacimiento. Cuando se cerró a estas manifestaciones modernas, contribuyó por compensación a la cultura universal con una filosofía propiamente española integrada por el humanismo renacentista, la escolástica restaurada y la mística elevada a novísimas cimas. La mística, en efecto, no es otra cosa que una filosofía española por la lengua y el pensamiento, por eso "la más alta filosofía española". La escolástica, igualmente, desde Vitoria hasta Suárez, tiene un grande carácter nacional no conocido antes por ella, hasta el punto de que las Disputaciones Metafísicas en algunos puntos sean "orígenes de la filosofía moderna" en general y no "de la de una sola nación" (*El pens.*, p. 42).

Descubrimiento, conquista y colonización de América entrañaron una doble importación de pensamiento que dió origen a toda una literatura de pensamiento jurídico, antropológico: la de los simples soldados y la originada por los nuevos hechos y los nuevos problemas. Es un pensamiento americano por el objeto y español por el sujeto, que se incorpora a la tradición de lo importado (*Ant.*, p. XIII). Sucedió a éste una importación adecuada del erasmismo, utopismo, humanismo, escolástica y religión españoles, que, excepto en la parte en que se aplica a objetos americanos, también tuvo por objetos los originarios de España y por eso se trata de un pensamiento de lengua latina en su mayoría (*Jor.*, p. 19). Cuando los criollos, los mestizos, los indígenas, empezaron a intervenir crecientemente en la importación y en la trasmisión del ya importado, empezó el pensamiento a ser americano por el sujeto, aunque por el objeto continuó siendo español o universal, pues agotados los hechos y resueltos al menos provisionalmente los problemas, el pensamiento se redujo a lo que estaba reducido en la metrópoli: tradición convertida en rutina, en decadencia (*Ant.*, p. XIII). Tal es la edad del pensamiento de la Colonia, no propiamente hispanoamericano, pero que empieza a ser tal aunque con poca originalidad, valor e importancia histórica (*Jor.*, p. 20). Representa, por otra parte, la primera gran contribución de Hispanoamérica a la cultura universal (*Jor.*, p. 24).

Dentro del pensamiento de la grandeza se inicia el pensamiento de la decadencia con alguno de los historiadores de Indias. Mientras el imperio descendía al punto más bajo de toda su trayectoria histórica, la ciencia, la historia, el afán de saber, la curiosidad, la filosofía y la literatura modernas,

empezaron a manifestarse en Sigüenza, Sor Juana, Peralta, Barnuevo, Zapata, Martínez, Feijóo, "no menos maestro de América que de España". Pueden ser considerados ellos como el punto de partida de un pensamiento cuyo primordial objeto empieza a ser España o la América autóctona. Caracterizarlo es la finalidad de la obra de Gaos.

La primera característica del pensador hispanoamericano es la estética. Cualidad suya es "el bien escribir". Por eso los nombres centrales y los periféricos han preferido y siguen prefiriendo, aun para la expresión de sus ideas y la publicación de sus enseñanzas más filosóficas, no digamos para la expresión y divulgación de las demás, géneros más literarios: "el ensayo y el artículo de revista general y de periódico; el libro de génesis, estructura y calidades, valores, reducibles a los del ensayo". Feijóo, Cadalso, Alzate, Bartolache, Unanue, Costa, Ganivet, Unamuno, Valera, Menéndez Pidal, Castro, Sarmiento, Montalvo, Martí, Rodó, Prada, Enriquez Ureña, Justo Sierra, Caso, Alfonso Reyes, Francisco Romero, Ramos, Vasconcelos, son en este sentido escritores de bella literatura de la más subida calidad desde los siglos de oro. Colocados todos ellos entre los límites de la literatura de ideas y la literatura de imaginación, cultivan simultáneamente los géneros literarios ideológicos y los géneros literarios puros, incluyendo la lírica y la poesía, no por capricho, sino porque el pensamiento busca en algunos casos más o menos conscientemente la forma literaria de imaginación como "la expresión más adecuada, la única capaz de ser adecuada", hasta llegar a tener la convicción de que la obra más literaria es aquella que tiene una parte más ideológica. Se comprende por esto que los pensadores hispanoamericanos vengán usando como formas diletas de expresión, comunicación, ideación e invención, el género epistolar, y que la palabra oral en sus múltiples formas, entre las que sobresalen la oratoria política, la académica y hasta la conversación, haya rebasado la palabra escrita.

A estos géneros literarios corresponden formas mentales, preferidas asimismo por los hispanoamericanos. En efecto, los pensadores proceden, "más bien que por discurso lógico insistente metódicamente, por emotiva espontaneidad ideativo-imaginativa, inicial y reiteradamente inspirada y feliz". No toman en cuenta la conceptualización rigurosa, la definición de los términos, una terminología técnica, el uso unívoco de ella, lo cual da por resultado un estilo literario con valor puramente "contextual", "ocasional", "circunstancial", y contradictorio al ser abstraído de su circuns-

tancia o contexto. La razón por la cual el pensamiento hispanoamericano contemporáneo prefiera las formas mentales correspondientes a géneros literarios ideológicos más libres y bellos, hay que buscarla, según el maestro Gaos, en el hecho de que los pensadores no pueden expansionarse sino en los géneros de la literatura de ideas, debido a su "nativa apetencia" de los efectos estéticos. Supuesta una estrecha correspondencia entre las formas verbales y las mentales, sólo la libertad y espontaneidad de éstas permite a aquéllas producirse en un desorden bello o revestir rigores capaces de efectos estéticos. De esta manera la característica estética no es solamente propia de las formas, también de los temas como muestran los nombres de Martí, Rodó, Vasconcelos, Giner, Sierra, Caso, Ramos, Reyes, y anima todo el pensamiento hispanoamericano hasta el punto de no limitarse a tratar temas estéticos, sino tratar estéticamente todos los temas restantes. Por eso en estos géneros literarios y en estas formas mentales el pensamiento hispanoamericano se produce mejor, "más a su gusto", y "encuentra sus logros más plenos" y crea la literatura "más original y valiosa" de Hispanoamérica.

Con todo y que la nota estética es la más original y base del más alto valor del pensamiento, una segunda característica, la política, lo explica al dotarlo de un segundo sentido ideológico. Los temas políticos —en la acepción griega de la palabra— resaltan por su valor y su volumen. Invaden las preocupaciones de los escritores, los oradores, los pensadores políticos, los literatos, los políticos. Sarmiento, Montalvo, Jovellanos, Bolívar, Ortega, Mora, Alberdi, Fernández de Lizardi, Reyes, Sierra, para citar solamente algunos de los nombres centrales, o son políticos u hombres de estado, o tienen una parte de su obra política nada adventicia, y existe en su vida o la tentación de la política o la caída en la tentación. Pero el pensamiento hispanoamericano que mejor expresa el aspecto político es el científico y filosófico más estricto. Hay que empezar por los jesuitas desterrados en Italia que, "hijos de su tiempo —el moderno— tanto como de la Iglesia católica", se aplican a estudiar y valorar la historia y la cultura patria en sus valiosas y varias manifestaciones. Para entender esto debe tenerse presente que la aplicación de los filósofos a la cultura nacional se debe, no a una causa accidental, sino a algo esencial, la esencial vinculación de la filosofía con la vida, por eso considerada "como instrumento de renovación patria, de política en la acepción más genuina y generosa" (*El pens.*, p. 70).

Porque el pensamiento es político, es circunstancial, concreto, aplicado, desentendido de temas exclusivamente teóricos, generales y trascendentales. Este pensamiento aplicado a la circunstancia que le era peculiar, la del individuo, de la nación, del continente, de la comunidad humana entera, produjo una dirección que penetra paulatinamente más en el hispanoamericano y que no tiene otro sentido que una paulatina elevación de la "circunstancia" hispanoamericana "a suma potencia de conciencia de sí, órgano de la elevación histórica de la realidad misma" (*El pens.*, p. 72). Desde que España y los países hispanoamericanos fueron conscientes de su decadencia por el conocimiento de las luces, se plantearon el problema de su pasado y el de su relación con el pasado y el presente del mundo extranjero. Y al hacer esto, España se dió a sí misma el tema de España, y América se dió a sí misma el tema de América. La comunidad del problema hizo coincidir la solución del mismo. Con respecto a las colonias, la decadencia de España fué un motivo inspirador del afán de independencia espiritual y política. Por una parte, crítica de la patria caída, del pasado, pero también autocrítica y autoapologética frente a las leyendas negras y a la crítica extranjera. Surgió entonces el tema de sí mismos, esto es, una revelación de lo español a potencialidad nueva y una elevación de las virtudes propias de las naciones americanas con plenitudes inéditas en la historia. No obstante, prevaleció la relación con el extranjero. De una manera consciente y deliberada se buscó la solución de los problemas "en un estudio de lo privativo de los pueblos a la sazón prepotentes, que se juzgaban causa de esta prepotencia, y en una importación de ello más o menos mimética o asimilativa" (*El pens.*, p. 78). Así el pensador hispanoamericano se convierte en un hombre que de "espectador de la cultura universal" pasa a "salvador de la propia circunstancia". Emulado por el extranjero se hace viajero en el propio país y en los extraños. Sabedor *de visu*, "historiador", para ver mejor, para ser mejor espectador. "Por tales vías entran en el campo visual del espectador hispanoamericano todos los temas", incluso los más teóricos, generales y trascendentes. Y en especial, las luces, las ideas ilustradas de lo privativo de los pueblos prepotentes en la edad contemporánea. El resultado fué la proposición de "una política extranjerizante" cuyo paradigma es distinto según los países que sirven de modelo. Casi todos antiespañoles y europeizantes, algunos norteamericanizantes, la mayoría francesizantes, Ortega germanizante.

Si el pensamiento hispanoamericano contemporáneo es estético y político, se debe a la dilección de los pensadores por el espíritu ideológico y magistral que les es propio. Parece que "el escritor hispanoamericano no se contenta con ser escritor. Tiende a ser, quiere ser, en grande, valiosa, creciente proporción, pensador, filósofo — y didáctico, docente, maestro" (*El pens.*, p. 76). Esta es su tercera nota fundamental. Todo él es pedagógico en el mismo sentido y con la misma extensión en que es político y en cuanto es estético, "por su espíritu todo". Pedagógico, porque tiene disciplinas éticas y pedagógicas, pero principalmente porque los hispanoamericanos conciben la vida como una conformación, una coeducación, y piensan que la educación —también en la acepción amplia y generosa del término— es una de las funciones fundamentales que rigen la vida de los pueblos y de los individuos. En esta amplitud todo pensamiento es educativo. Un pensamiento, una filosofía política, de salvación de la circunstancia, es sustancialmente y de una manera especial pensamiento y filosofía pedagógica. Por eso en Hispanoamérica los movimientos literarios desde el siglo XVIII son movimientos de regeneración nacional, de pedagogía política. Por eso el pensador hispanoamericano es un escritor, un escritor que no puede dejar de serlo, de preferir las formas mentales y verbales y los temas estéticos y políticos. "El pensamiento hispanoamericano contemporáneo es un pensamiento en conjunto de educadores de sus pueblos" (*El pens.*, p. 85).

Tal es el pensamiento de la decadencia. Todos los pensadores son movidos por la misma actitud, la aplicación del pensamiento a la resolución de los problemas de la realidad más inmediata en el espacio y en el tiempo. Para todos el primer problema es la decadencia. Convertida Hispanoamérica en el primer objeto de sus meditaciones, encuentran las causas de la decadencia en haberse cerrado a la modernidad, singularmente a la ciencia, y señalan el remedio en la europeización, en la modernización. Hasta los tradicionalistas como Donoso, Balmes, Menéndez Pelayo, Manguía, son movidos por esa convicción. Por eso la obra de todos los pensadores y escritores hispanoamericanos "coincide en tener por objeto, predilecto, exclusivo, obsedente, impresionante, la decadencia, las causas y los congruentes remedios" (*Jor.* pp. 21-5). Así se comprende el magisterio de modernidad de los jesuitas "reformadores", de los ilustrados nuestros del siglo XVIII, de los pensadores políticos, de Larra, Ganivet, la generación del noventa y ocho, Unamuno, Ortega y su escuela, el liberalismo, el

positivismo, Sierra, Caso, Vasconcelos, Reyes, Ramos. El pensamiento en ellos no tiene un valor teórico, es considerado como instrumento de renovación política, de reforma nacional. La preocupación, la inspiración patriótica de las figuras y los movimientos es palpable. Pero no se trata de un pensamiento decadente. "La decadencia fué del imperio", contra el cual afirman la libertad por la modernidad (*Ant.*, p. xvii). Cuando se cayó en la cuenta de que el pasado era el causante de la decadencia, por todos los medios se procuró la independencia con respecto a él, convirtiéndose el pensamiento de la decadencia en pensamiento de independencia. Buscar las causas de la decadencia nacional, resolver los problemas de la constitución y reconstitución nacional, son operaciones del mismo sentido: liberación del pasado (*Ant.*, p. xxv) y contribución expresa, consciente, a la renovación cultural, nacional, de la patria (*Jor.*, p. 19). No es fortuito que el pensamiento hispanoamericano contemporáneo sea coetáneo de la independencia y del proceso de constitución de las naciones hispanoamericanas. Para Gaos —y su tesis ha venido a ser plenamente confirmada por las investigaciones de sus discípulos—, el pensamiento de lengua española, desde Sigüenza hasta las generaciones representadas por Romero, Caso y Ramos, debe considerarse "como un instrumento de independencia de estos países, pues que se trata del pensamiento, primero de expresión y, luego, además, causa e instrumento sucesivamente de la independencia cultural, de la conquista de la política y de la constitución y reconstitución de los países independientes" (*Ant.*, p. xxxiii). Con intensidad creciente los pensadores se aplican a la resolución de estos problemas graves, y son "verdaderos nuevos padres de pueblos, como los pasados tiempos en que los pueblos se fundaban" (*Ant.* p. xxv). Significativamente la independencia política de las colonias americanas es precedida de la cultural y es conquistada por héroes que son también pensadores, como Hidalgo, Bolívar, Martí. Significativamente es acompañada y seguida de líneas o grupos de pensadores que cooperan a conquistarla y consolidarla. Estos últimos son más o menos irreligiosos, incrédulos; todos, si exceptuámos a Bello, anticlericales. Son demócratas y liberales. Se ven desterrados, emigrados.

Visto el pensamiento hispanoamericano de esta manera —y Gaos es quien lo hace por primera vez—, los pueblos de lengua española adquieren una nueva unidad histórica entre sí y con los demás pueblos modernos. Son, en efecto, por una parte, la última "promoción, voluminosa y valiosa, de

la Ilustración, de la filosofía contemporánea" (*El pens.*, p. 84). Lo cual quiere decir que somos modernos. Por otra parte, Hispanoamérica vuelve a religar los pueblos que la integran en una unidad que no es la de las colonias con la metrópoli, sino la de repúblicas hermanas con idéntica misión. No tiene sentido por eso la representación corriente del imperio y la independencia, porque, al poner el imperio en la metrópoli y en las colonias dependientes, la independencia es un fenómeno "material", "geográfico", "espacial", como es separarse y distanciarse exclusivamente las colonias de la metrópoli y el imperio. La representación, en cambio, "histórica", "temporal", muestra a las colonias y a la metrópoli independizarse juntamente del imperio, a todos los países de la lengua española "separándose y distanciándose de la pasada unidad imperial común, con un movimiento de independencia cultural que se adelantó en Sigüenza a Feijóo, de independencia política que se logró en los países de este Continente en la primera mitad del siglo pasado, en los de las islas en la segunda y en el de la península se ha malogrado hasta hoy" (*Ant.*, pp. xxvii-iii). Unidad, pues, hispanoamericana en el pensamiento de la grandeza y la colonia, pero también en el de la independencia y en el de la decadencia.

VI. *La filosofía hispanoamericana*

Que haya un pensamiento de los pueblos de lengua española, no cabe duda alguna. Sus temas estéticos, políticos, pedagógicos, siempre circunstanciales y variados, tomados y dejados hasta el punto de dar la impresión de versatilidad y superficialidad, hacen patente la unidad. Unidad de pensamiento inmanente, pues se trata de una empresa "educativa" "formativa", "reformadora", "regeneradora", que no puede ser sino de pensamiento aplicado, por su objeto y por su fin, a "este mundo", "esta vida", "el más acá", con el correlativo desentenderse o hacerse desentendido de todo "otro mundo", y en todo caso obra de una actitud antimetafísica y arreligiosa. Lo que sólo es posible por la fe en el pensamiento "como potencia histórico-cultural", por una "innata propensión ética", estética, política (*El pens.*, p. 92), cuya última raíz hay que buscar en el espíritu ético secular de la raza debido, al parecer, al "senequismo" (*El pens.*, p. 107) hispanoamericano. Y precisamente porque los pensadores se producen en el sentido de las luces y del inmanentismo del hombre moderno,

llevan a cabo una labor de cultura patria, en última instancia hispanoamericana, mediante la renovación filosófica. Al tratar las cosas humanas en su detalle concreto, destacan la propia cultura y la realidad nacional. Por eso, a raíz de la Ilustración, cuando se abandonó la lengua tradicional latina por la española, aparece de una manera consciente el tema de la historia y esencia de España y América. Hispanoamérica es el objeto más inmediato en el espacio y en el tiempo. Se toca lo universal, según se observa desde Sigüenza hasta nuestros días, sólo en la medida en que el hispanoamericano requiere un objeto tal. Se toca lo trascendente sólo en la medida en que los pensadores admiten religiosa y filosóficamente objetos trascendentes en la constitución y reconstitución de sus países. Resulta de esto un pensamiento crecientemente hispanoamericano, "propriadamente hispanoamericano" por el sujeto y el objeto, por fondo y forma, por uno y otro original, "por ambos valioso e importante históricamente" (*Jor.*, pp. 11-20). Pensamiento por lo tanto con recia originalidad dentro de la cultura de Occidente y otros valores de alcance universal, que crea una conciencia distinta de nacionalidad, una independencia espiritual del pasado y el planteamiento teórico del proceso de la resolución práctica del problema América en particular e Hispanoamérica en general (*El pens.*, p. 46). Así es el pensamiento que domina en el mundo contemporáneo hispanoamericano. De lo peculiar de las realidades españolas y americanas a que ha venido aplicándose y del genio literario de los hombres de lengua española, ha recibido la originalidad y el valor que lo levanta a las alturas del siglo de oro (*Ant.*, p. xxxix).

Pero, ¿es filosófico un pensamiento semejante? Tal como Gaos plantea el problema y tal como aduce datos, la respuesta depende del concepto que de la filosofía se tenga. Puede por eso afirmar de una manera expresa que las notas señaladas hacen que el pensamiento hispanoamericano sea filosofía, y no sólo esto, sino que sea pensamiento contemporáneo dentro de la filosofía contemporánea; y también puede darle el simple nombre de "pensamiento". Paralelamente al pensamiento que es de una manera creciente hispanoamericano, habla de una "filosofía de lengua española hasta serlo" (*Jor.*, p. 19). El pensamiento es filosofía precisamente por ser tal "pensamiento", pues los pensadores hispanoamericanos tienen en la filosofía el móvil de su obstinada dedicación a la filosofía, el móvil igualmente de la versión hacia las circunstancias (*El pens.*, p. 95). Esta rehabilitación filosófica de los pensadores hispanoamericanos, en

análoga proporción con los casos de Voltaire, Renan o Taine, se debe a su carácter de pensadores y hasta de literatos. No hay dificultad en considerar el pensamiento hispanoamericano como "una manifestación de la filosofía hasta de relieve singular" (*El pens.*, p. 101). Para mayor claridad hay que distinguir en el maestro dos grandes etapas.

Ante todo, la primera etapa histórica implica una importación "más o menos mimética y asimilativa" llevada a cabo en un estudio privativo de los pueblos a la sazón prepotentes. Hispanoamérica, en efecto, "importa desde el siglo XVIII hasta nuestros días filosofía extranjera, no siempre elegida con el mismo discernimiento" (*El pens.*, p. 43), con el objeto de resolver sus problemas. La filosofía deja o hace a un lado las cuestiones abstractas, teóricas, de valor en sí mismas, y se convierte en instrumento de renovación cultural y política. Mediante ella la circunstancia americana se eleva "a suma potencia de conciencia de sí". Tal es el hecho que se advierte en la línea de importadores de filosofías y renovadores de la filosofía en su país. Quieren dotar definitivamente a Hispanoamérica de una filosofía propia (*El pens.*, p. 72). Sus afanes, desde los jesuitas hasta nuestros días, tienen por fin principal lograr para la patria una filosofía "más adecuada, más propia, más nacional", órgano de salvación. Esta es la inspiración del eclecticismo, del krausismo, del positivismo, de Korn, de Sierra, de Caso. La misma ambición en Romero y Ramos. Conviene insistir en las modificaciones y direcciones que reciben las filosofías importadas al contacto con la realidad humana concreta y la comunidad cultural y política de Hispanoamérica. Parece que suponen, aun las arrastradas por corrientes idealistas como sucede con Kraus y Ortega, interpretaciones, acomodamientos, infidelidades, rupturas, que dan por resultado no sólo un pensamiento inmerso en la corriente opuesta, "existencialmente uno" con su circunstancia, sino planos distintos que pronto manifiestan el núcleo originario de una filosofía propia. Las filosofías que inspiran a las grandes figuras de nuestros pueblos experimentan vicisitudes siempre en la misma dirección (*El pens.*, p. 72). Ahora bien, la asimilación, transformación y aplicación personal y nacional de los filósofos extranjeros que se advierte crecientemente desde Sigüenza, los jesuitas, los ilustrados, Luz y Caballero, Barreda, hasta Korn, Caso, Romero, Ramos, García Bacca, no solamente es el germen y "hasta el comienzo de una filosofía, en el sentido riguroso, original de Hispanoamérica", sino que ha sido el primer momento o la condición sin la cual no era posible la

aportación hispanoamericana a la filosofía, al pensamiento universal y, con mayor rigor, a una filosofía, no ya española, sino propia de los pueblos de habla española, "de todos en conjunto" (*El pens.*, p. 44). Lo cual quiere decir que la importación y el afán de crear una filosofía original "de la patria o siquiera hispanoamericana" no ha sido inútil. Si el pensamiento hispanoamericano contemporáneo, promoción de la filosofía contemporánea, "es la más reciente y no menor aportación de Hispanoamérica a una filosofía propia y a la universal" (*El pens.*, p. 48), se debe a que el tema de América y de España acaba "cuando menos en una filosofía original de estos países" (*Jor.*, p. 19). Por este espíritu ha hablado suficientemente la raza y no pudo hacerlo de otra manera, si es que tienen valor las argumentaciones de los párrafos anteriores. Formas y temas de una filosofía hispanoamericana que son los menos indicados, es cierto, para generar formas científicas y temas metafísicos y metódicos entendidos por algunos como la única filosofía. Pero la actitud de los importadores de las filosofías, así como el conocimiento no mutilado de la historia, ha mostrado que no se trata de una incapacidad del genio americano para este tipo de ciencia o de filosofía, sino del ritmo de la filosófica vida humana de los pueblos de habla española.

Es indudable que este criterio decide del futuro como decide del pasado y el presente. Con el mismo derecho con que se habla de un pensamiento crecientemente hispanoamericano, se puede hablar de una filosofía crecientemente hispanoamericana. Es comprensible por eso que, dentro de la etapa de importación filosófica más o menos asimilada, se encuentren claros indicios de una segunda etapa de superación, de hombres como Unamuno, Vasconcelos o Ramos que no se prendan de los países prepotentes en la edad contemporánea, sino que reparan en afinidades. Se trata de un período de transición sinuosa, pero no abrupta, que se caracteriza por ya no ser un movimiento filosófico mimetista en las soluciones y original en los problemas. Es cierto que desde los tiempos de Sigüenza se viene buscando la originalidad, pero es en esta segunda etapa, emprendida en España antes de la guerra civil y recorrida a gran velocidad en América después de la primera guerra mundial, cuando se busca "en el plano de la conciencia y de la voluntad deliberada" la revelación de lo autóctono y la elevación de las virtualidades propias. La idea de América y el ideal americano avanzan constantemente. Los hombres parecen estar convencidos de que el *logos* oculto de su propia circunstancia tiene que dar algo

nuevo, la verdad americana (*El pens.*, p. 81). ¿Cómo hacer para descubrir la verdad, la *aletheia* del "oculto *logos* americano"? Según las ideas ya expuestas, la filosofía se hace recreando la tradición, vinculando el nuevo pensamiento a ella. Habrá, pues, filosofía hispanoamericana, si los hispanoamericanos tienen en cuenta su historia no mutilada. El tema expreso de esta filosofía, para ser tal, ha de ser su pasado, presente y futuro. El pasado determina el presente, así como el futuro, y ambos a aquél. Lo cual quiere decir que la suerte de Hispanoamérica en el orden filosófico depende en gran parte de reflexiones historiográficas o de una filosofía de la historia que descubra su *logos*. Ahora bien, el pensamiento de lengua española cuenta con una historia de fundamento religioso, metafísico, sistemático, trascendente, pero al mismo tiempo es contemporáneo a los pueblos modernos de Occidente porque niega la "grandeza" y afirma la immanencia y sus consecuencias. Por esto Hispanoamérica comparte la actual crisis de Occidente, pero no como los pueblos "protagonistas" de la problemática "modernidad", pues para ellos la crisis de la modernidad es la crisis de su grandeza, mientras que para ella, que fuera en otro tiempo la más fuerte antagonista de las ideas modernas, es la crítica de la grandeza extraña y de la extranjerización o modernización emprendida en los tiempos contemporáneos. La crítica, pues, de haberse desviado de su propio pasado por el extraño (*Jor.*, pp. 36-7). La futura filosofía hispanoamericana ha de dar a los pueblos de habla española un ideal histórico que sea el de su independencia del pasado, pero sin ser el de su dependencia de la modernidad extranjera: "un más allá de la modernidad del que sean coetáneos y copartícipes iguales" (*Ant.*, pp. xxxviii-ix). Por todo esto Hispanoamérica está en el momento crítico y en la mejor ocasión para contar con una filosofía original en todos sentidos. Justamente porque su realidad, que es la histórica, está transida de immanencia y trascendencia, puede tener "la originalidad y la plenitud de ser el extremo crítico del imanentismo contemporáneo", mediante la afirmación de un nuevo mundo trascendente por el cual decida sobre la modernidad de una manera original, dando no ya una aportación, sino una filosofía propia que solucione su problema y el del mundo contemporáneo. Surgirá, si la crisis actual se resuelve por la filosofía, una "filosofía de los pueblos" hispanoamericanos y de su tiempo, una metafísica de "nuestra vida", "donde el nuestro debe significar 'nosotros' los hombres actuales de lengua española de hoy", para significar "nosotros" los hombres en general (*El pens.*, pp. 111-12). Una

metafísica con estas características decidirá igualmente acerca de la vinculación de Hispanoamérica con una determinada trascendencia. Hispanoamérica se trascenderá a sí misma pasando a otra vida y a otro mundo. Se realizará a sí misma al desarrollar con plenitud sus virtualidades inéditas en la historia. No será deseo, tierra sin lugar, utopía para sí misma.

Tales son los temas fundamentales —la obra entera es demasiado rica para apresarla en unas cuantas curtilas— del pensamiento hispanoamericano de Gaos. A diferencia de los pensadores de los pueblos de habla española que tuvieron que ser primero espectadores de la cultura universal para después poder ser salvadores de su propia circunstancia, Gaos es, sentimental, cultural, vitalmente, un salvador, antes que nada, de los pueblos hispanoamericanos, y después espectador de la cultura o de la filosofía tenida como válida universalmente por todos. A semejanza y en parte quizá por emulación de Samuel Ramos, quien ha elevado por primera vez entre nosotros la cultura mexicana a conciencia filosófica, recoge el tema por antonomasia de nuestros pueblos, el del *conocimiento de sí mismos* y la correlativa participación en la historia universal, precisamente donde lo dejan Korn, Sierra, Caso, Vasconcelos, Reyes, Ortega, para darle conciencia de su trayectoria y unidad históricas; para dotarlo de una variada problemática, para indicarle la misión concreta que, si ha de salvarse salvando a Hispanoamérica, cumplirá en la historia futura del pensamiento. Su puesto está por eso al lado de los máximos pensadores hispanoamericanos.

RAFAEL MORENO